

Claudio Vignon, han pasado de la prensa á las elevadas regiones del poder. El periódico sólo puede ser vencido por el periodista.

CAPÍTULO XXXI

La partida del padre pródigo

El mariscal Hulot se llevó á su hermano, el cual, antes de entrar en el coche se mantuvo en la portezuela, dejando que pasase primero su hermano mayor. Ni uno ni otro cambiaron palabra: Héctor estaba anonadado. El mariscal permaneció pensativo, como hombre que procura reunir sus fuerzas para soportar un peso abrumador. Al llegar á su palacio, sin pronunciar palabra y hablando únicamente por gestos, indicó á su hermano que entrase en su despacho. El conde había recibido del Emperador un magnífico juego de pistolas fabricadas en Versalles, y sacando de un secreter la caja que las contenía, en la cual se veía grabada la inscripción: «Regaladas por el Emperador al mariscal Hulot», y mostrándosela á su hermano, le dijo:

—He aquí tu médico.

Isabel, que miraba esta escena por la puerta entreabierta, corrió al coche y dió orden al cochero de que la llevase á escape á la calle de Plumet. A los veinte minutos próximamente, ya estaba de vuelta con la baronesa, después de haber enterado á ésta de la amenaza hecha por el mariscal á su hermano.

El conde, sin mirar á su hermano, llamó á su factótum, veterano que le servía hacía treinta años, y le dijo:

—Beaupied, vete á buscar á mi notario, al conde Steimböck, á mi sobrina Hortensia y al agente de cambio del Tesoro. Son las diez y media y á las doce quiero que todo el mundo esté aquí. Tomá los coches que necesites—añadió haciendo la terrible mueca que tan atentos ponía á sus soldados cuando él examinaba los retamas de Bretaña en 1799 (véanse *Los Chuanes*).

—Mariscal, se cumplirán sus órdenes—dijo Beaupied haciendo el saludo militar.

Sin ocuparse de su hermano, el anciano volvió á su des-

pacho, tomó una llave escondida en su secreter y abrió una cajita de malaquita con incrustaciones de acero, regalo del emperador Alejandro. Por orden del emperador Napoleón, Hulot había ido á devolver al Emperador ruso algunos objetos de su propiedad, cogidos en la batalla de Dresde, por los cuales esperaba Napoleón obtener Vandamme. El Czar recompensó espléndidamente al mariscal Hulot, regalándole aquella cajita, y le dijo que esperaba poder tener algún día ocasión de obsequiar de igual modo al Emperador de los franceses, pero conservó Vandamme. Sobre la cubierta de aquella caja guarnecida toda de oro, se veían grabadas también en oro, las armas imperiales de Rusia. ¡El mariscal poseía ciento cincuenta y dos mil francos! y al verlo dejó escapar un movimiento de satisfacción. En aquel momento, entró la señora Hulot en un estado capaz de enternecer á jueces políticos, y se arrojó sobre Héctor, contemplando alternativamente con mirada extraviada, la caja de las pistolas y al mariscal.

—¿Qué tiene usted contra su hermano? ¿qué le ha hecho mi marido?—dijo la esposa con voz tan vibrante, que el mariscal la oyó.

—¡Nos ha deshonrado á todos!—respondió el veterano de la República, haciendo un esfuerzo tan grande, que volvió á abrir una de sus heridas.—¡Ha robado al Estado! Ha hecho mi nombre odioso, me hace desear la muerte, me ha matado... sólo me quedan fuerzas para llevar á cabo la restitución. He sido humillado ante el Condé de la República, ante el hombre á quien más estimo, al cual he dado injustamente un mentís, ante el príncipe de Wisembourg... ¿Es esto nada? He aquí su cuenta con la patria.

Esto diciendo, se enjugó una lágrima y repuso:

—Ahora le toca á su familia. Os roba el pan que yo os guardaba, el fruto de treinta años de economías, el tesoro producto de las privaciones del veterano. ¡He aquí lo que os destinaba!—dijo enseñando los billetes de banco.—Ha matado á su tío Fischer, noble y digno alsaciano, que no pudo soportar como él la idea de una mancha sobre su nombre de aldeano. En fin, Dios, llevado de inaudita clemencia, le permitió escoger por mujer á un ángel, tener por esposa una Adeline, y él le ha sido infiel, ha amargado su vida á fuerza de penas, la ha abandonado por perdidas, por tunantas, por actrices, por bailarinas, por Cadines, por Josefás, por Marneffes. ¿Eres tú el ser á quien yo consideraré como hijo y en

quien cifraba todo mi orgullo? Anda, desgraciado, sal, si tienes valor para aceptar la vida infame que te has preparado. Yo no tengo fuerza para maldecir á un hermano á quien tanto quise, y soy con él tan débil como usted misma, Adelina; pero que no vuelva á parecer en mi presencia. Le prohibo asistir á mi entierro, seguir mi ataúd. Si no tiene remordimientos, que tenga al menos el pudor del crimen...

El mariscal, que se había puesto lívido, se dejó caer sobre el diván de su despacho, agobiado de pena, después de pronunciar estas solemnes palabras, y por la primera vez de su vida tal vez, dos lágrimas brotaron de sus ojos y surcaron sus mejillas.

—¡Pobre tío Fischer!—exclamó Isabel, llevándose el pañuelo á los ojos:

—Hermano mío—dijo Adelina, yendo á arrodillarse ante el mariscal,—viva usted para mí, ayúdeme en la obra que voy á emprender para reconciliar á Héctor con la vida y hacer que se enmiende de sus faltas.

—¡Él!—dijo el mariscal,—si vive, aún no ha acabado de cometer crímenes. Un hombre que ha desconocido á una Adelina y que ha perdido los sentimientos de verdadero republicano, aquel amor al país, á la familia y al pobre, que yo me esforzaba por inculcarle, ese hombre es un monstruo, un marrano... Si le ama usted aún, lléveselo de aquí, porque siento en mi interior una voz que me dice que cargue las pistolas y le levante la tapa de los sesos. Matándole os salvaré á todos y le salvaré á él mismo.

El anciano mariscal se levantó en una actitud tan temible, que la pobre Adelina exclamó:

—¡Ven, Héctor!—y cogiendo á su marido se lo llevó y abandonó aquella casa, arrastrando tras sí al barón en un estado tan deplorable, que se vió obligada á tomar un coche para transportarlo á la calle de Plumet, llegados á la cual, él se metió en cama en seguida. Aquel hombre casi aniquilado, permaneció varios días en el lecho, negándose á tomar todo alimento sin decir palabra. A fuerza de lágrimas, Adelina lograba que tomase algunos caldos y le velaba sentada á la cabecera de su cama, sintiendo en el corazón una piedad profunda, único sentimiento que la embargaba de todos los que poco antes habían engendrado en ella la conducta de su marido.

A las doce y media, el notario y el conde de Steimböck

fueron introducidos en el despacho del mariscal por Isabel, la cual estaba tan asustada al ver los cambios que se operaban en el militar, que no le dejaba un momento.

—Señor conde—dijo el mariscal,—yo le ruego que dé á mi sobrina, su mujer, la autorización necesaria para vender una inscripción de rentas que son de su propiedad. Señorita Fischer, espero que usted consentirá esta venta renunciando el usufructo.

—Sí, querido conde—dijo Isabel sin titubear.

—Bien, querida mía—respondió el veterano,—espero vivir bastante para poder recompensarla.—No dudaba de usted, es usted una verdadera republicana, una hija del pueblo—añadió tomando la mano de la solterona y besándosela.

—Señor Hanequín—repuso dirigiéndose al notario,—haga usted inmediatamente el poder, de modo que esté para las dos, á fin de poder vender la renta hoy mismo en la bolsa. Mi sobrina, la condesa, vendrá á firmar el poder tan pronto como usted lo traiga, lo mismo que esta señorita, y respecto al señor conde le acompañará á su casa para darle la firma.

A una seña de Isabel, el artista saludó respetuosamente al mariscal y salió.

A las diez de la mañana del día siguiente, el conde de Forzheim se hizo anunciar en casa del príncipe de Wisembourg y fué recibido inmediatamente.

—¡Hola! mi querido Hulot—dijo el mariscal Cottin presentando unos periódicos á su viejo amigo,—ya ve usted que hemos cubierto las apariencias... Lea.

El mariscal Hulot colocó los periódicos sobre la mesa de su antiguo camarada y le tendió doscientos mil francos, diciéndole:

—He aquí lo que mi hermano ha robado al Estado.

—¡Qué locura! exclamó el ministro.—Nos es imposible operar esta restitución—añadió tomando la trompetilla que le presentó el mariscal y hablándole al oído,—nos veríamos obligados á confesar las concusiones de su hermano y hemos hecho ya todo lo posible para ocultarlas.

—Hagan ustedes lo que les parezca, pero yo no quiero que en la fortuna de la familia Hulot haya un céntimo robado al Estado—dijo el conde.

—Seguiré las órdenes del rey respecto á este punto. No hablemos más de esto—respondió el ministro reconociendo la imposibilidad de vencer la sublime testarudez del anciano.

—Adiós, Cottin—dijo el anciano tomando la mano del príncipe de Wisembourg,—siento mi alma helada.

Después de haber dado un paso, se volvió, miró al príncipe, que pareció sumamente emocionado, abrió los brazos para estrecharlo entre ellos, y el príncipe abrazó al mariscal.

—Al decirte adiós á ti, me parece que me despido de todo el gran ejército.

—Adiós, pues, amigo mío—dijo el ministro.

—Sí, adiós, porque me voy al mismo sitio en que están todos aquellos soldados que tanto hemos llorado.

En aquel momento entró Claudio Vignon. Los dos viejos despojos de las falanges napoleónicas saludaron noblemente haciendo desaparecer toda huella de emoción.

—Príncipe mío, debe usted estar contento de los periódicos—dijo el futuro reftendario.—Me las he compuesto de modo que he hecho creer á todos los periódicos de oposición que publican nuestros secretos.

—Desgraciadamente todo es inútil—replicó el ministro mirando al mariscal que se alejaba.—Acabo de dar un último adiós que me ha hecho mucho daño. Al mariscal Hulot no le quedan tres días de vida; bien lo vi yo ayer. Ese hombre que es una de esas honradeces divinas, un soldado que fué respetado por las balas, á pesar de su bravura, recibió ayer en aquel sofá el golpe mortal por conducto de un papel. Llame usted y diga que me traigan el coche. Me voy á Neulli—dijo guardando los trescientos mil francos en su cartera de ministro.

A pesar de los cuidados de Isabel, tres días después, el mariscal había muerto. Tales hombres son la honra de los partidos á que pertenecen. Para los republicanos, el mariscal era el ideal del patriotismo; así es que acudieron todos á su entierro, que fué seguido de una multitud inmensa. El ejército, la administración, la corte, el pueblo, todo el mundo fué á rendir el último homenaje á aquella acrisolada virtud, á aquella intacta probidad, á aquella gloria tan pura. No todo el que quiere puede llevar al pueblo á su entierro. Aquellas exequias fueron uno de los testimonios llenos de delicadeza, de buen gusto y de corazón que recuerdan de tarde en tarde los méritos de la nobleza. Detrás del ataúd del mariscal se vió al anciano marqués de Montauran, hermano de aquel que había sido desgraciado adversario de Hulot en el

levantamiento de los chuanes en 1799. Al morir herido por las balas de los azules, el marqués había confiado los intereses de su joven hermano al soldado de la república (véanse *Los Chuanes*) Hulot cumplió tan bien el testamento verbal que le confió el noble, que logró salvar los bienes de aquel joven emigrado entonces. Así se concibe que el homenaje de la antigua nobleza francesa no faltara al soldado que nueve años antes había vencido á Madame.

Esta muerte, ocurrida cuatro días antes de la última proclama de matrimonio, fué para Isabel el rayo que incendia la mies amontonada en la granja. Como ocurre frecuentemente, la lorenesa había logrado demasiado. El mariscal había muerto á consecuencia de los golpes que ella y la señora de Marneffe habían dado á aquella familia. El odio de la solterona, que pareció apaciguado con el éxito, creció al ver todas sus esperanzas frustradas. Isabel fué á llorar de rabia á casa de la señora de Marneffe, pues habiendo subordinado el mariscal la duración de su arriendo á la de su vida, se encontró sin domicilio. Para consolar á la amiga de su Valeria, Crevel tomó sus economías, les añadió alguna cosa y colocó aquel capital al 5 0/0, haciendo cesión del usufructo á la solterona y de la propiedad á Celestina. Gracias á esta operación, Isabel poseyó dos mil francos de renta vitalicia. Al hacer el inventario se encontraron cuatro letras del mariscal dirigidas á su cuñada, á su sobrina Hortensia y á su sobrino Victorino encargándoles que diesen mil doscientos francos de renta vitalicia á la que debía ser su mujer, á la señorita Isabel Fischer.

Al ver al barón entre la vida y la muerte, Adelina logró ocultarle durante algunos días la defunción del mariscal; pero Isabel se presentó vestida de luto, revelando así la fatal verdad á los once días de los funerales. Este terrible golpe devolvió energía al enfermo, el cual se levantó, encontró á toda su familia en el salón, vestida de luto, y al verla permaneció silencioso. En quince días, Hulot, que se había quedado como un espectro, no era ni sombra de lo que había sido.

—Hay que tomar una decisión—dijo con apagada voz, sentándose en un sofá y contemplando aquella reunión en la cual faltaban Crevel y Steimbock.

—No podemos seguir aquí—advirtió Hortensia en el momento en que su padre apareció,—el alquiler es demasiado caro.

—Respecto á la cuestión de albergue—dijo Victorino rompiendo aquel penoso silencio—yo ofrezco á *mi madre...*

Al oír estas palabras que parecían excluirle, el barón levantó la cabeza y dirigió al abogado una deplorable mirada. Los derechos del padre son siempre tan sagrados, aun cuando sea un infame y esté despojado del honor, que Victoriano se detuvo.

—A su madre...—repuso el barón.—Tiene usted razón, hijo mío.

—La habitación de nuestro pabellón que está sobre la nuestra—dijo Celestina acabando la frase de su marido.

—¿Os molesto, hijos míos?—preguntó el barón con la amabilidad de las gentes que se condenan á sí mismas.—¡Oh! no temáis, porque en lo sucesivo ya no tendréis que quejaros de vuestro padre.

El barón hizo una seña á Isabel, y al acudir ésta la besó en la frente. Después se retiró á su cuarto, adonde le siguió Adelina en medio de la mayor inquietud.

—Adelina, mi hermano tenía razón—le dijo tomándole la mano.—Yo soy indigno de la vida de familia. Sólo desde el fondo de mi corazón me he atrevido á bendecir á mis pobres hijos, cuya conducta ha sido sublime. Diles que no he podido hacer más que abrazarles, porque de un hombre infame, de un padre que se convierte en asesino y azote de su familia, una bendición, en lugar de ser la protección y la gloria, podía ser funesta. Pero los bendeciré de lejos todos los días. Respecto á ti, sólo Dios, que es todopoderoso, puede proporcionarte recompensas proporcionadas á tus méritos... Te pido perdón—dijo arrodillándose ante su mujer, cogiéndole las manos y regándoselas con sus lágrimas.

—¡Héctor! ¡Héctor! tus faltas son grandes, pero la misericordia divina es infinita y puedes repararlo todo permaneciendo conmigo. Procura inspirarte en sentimientos cristianos, amigo mío... Yo soy tu mujer y no tu juez. Yo soy tu cosa, haz de mí lo que quieras y llévame adonde tú vayas, que yo me siento con fuerza para consolarte y para hacerte soportable la vida á fuerza de cuidados, de respeto y de amor. Nuestros hijos están establecidos y no necesitan de mí. Déjame ser tu distracción, tu diversión. Permíteme participar de las penas de tu destierro y de tus miserias para mitigarlas. Yo siempre te serviré de algo, aunque sólo sea para ahorrarte el sueldo de una criada.

—¿Me perdonas, mi querida y amada Adelina?

—Sí, pero levántate, amigo mío.

—Pues bien, con este perdón podré vivir—repuso levantándose.—He entrado en nuestro cuarto para que nuestros hijos no fuesen testigos del rebajamiento de su padre. ¡Ah! ver todos los días ante sí á un padre, á un criminal como soy yo, es algo espantoso que aniquila el poder paterno y disuelve la familia. Yo no puedo, pues, permanecer entre vosotros, y os dejo para ahorraros el odioso espectáculo de un padre sin dignidad. No te opongas á mi huída, Adelina, porque eso sería cargar tú misma la pistola con que me he de levantar la tapa de los sesos... No me sigas tampoco á mi retiro, porque me privarías de la única fuerza que me queda, la del remordimiento.

La energía de Héctor impuso silencio á la moribunda Adelina. Esta mujer tan grande en medio de tantas ruinas, sentía renacer su valor con su unión con su marido, le veía suyo y percibía la sublime misión de consolarle, de devolverle á la vida de familia y de reconciliarle consigo mismo.

—Héctor, ¿quieres dejarme morir de desesperación, de ansiedad y de inquietud?—dijo la esposa al ver que iba á perder el principio de su fuerza.

—Volveré, ángel descendido del cielo para mí; volveré si no rico, al menos en buena posición. Escucha, mi buena Adelina, yo no puedo permanecer aquí por una multitud de razones. En primer lugar, mi pensión, que será de diez mil francos, está empeñada por cuatro años; de modo que no tengo nada. No es esto sólo, dentro de unos días dictarán contra mí auto de prisión, á causa de las letras de cambio que suscribí á Baubinet. Así es que tengo que ausentarme hasta que mi hijo, á quien voy á dar instrucciones precisas, haya rescatado esas letras. Mi desaparición facilitará mucho el arreglo. Cuando mi pensión esté libre, cuando Baubinet haya cobrado, volveré á vuestra compañía. Tú descubrirías el secreto de mi destierro. No temas, no llores, Adelina. Sólo se trata de un mes de ausencia.

—¿Adónde vas? ¿qué harás? ¿qué será de ti? ¿quién te cuidará á ti, que no eres ya joven? Déjame desaparecer contigo, nos iremos al extranjero.

—Bueno, ya veremos—respondió Héctor.

El barón llamó, dió orden á Marieta de que reuniese sus efectos y que los metiese en unas maletas, y después de

abrazar á su mujer con una efusión á que ésta no estaba acostumbrada, le rogó que le dejase solo un momento para escribirle á Victorino las instrucciones necesarias, prometiéndole que no saldría de casa hasta la noche en compañía suya. Tan pronto como la baronesa hubo vuelto al salón, el astuto anciano se fué por el gabinete tocador á la antesala, y salió entregando á Marieta un pedazo de papel, en el cual había escritas las siguientes instrucciones: «Dirija usted mis maletas al señor Héctor, Corbeill, lista». El barón, que había tomado un coche, corría ya por París cuando Marieta fué á enseñar á la baronesa aquel papel, diciéndole que el señor acababa de salir. Adelina se trasladó al cuarto temblando más que nunca, y sus hijos, asustados, no tardaron en unirse á ella al oír un grito penetrante. Se levantó á la baronesa desmayada, y fué preciso meterla en la cama, presa de una fiebre nerviosa que la mantuvo un mes entre la vida y la muerte.

—¿Dónde está?—era la única palabra que se obtenía de ella.

Las indagaciones de Victorino fueron infructuosas. He aquí por qué. El barón se había hecho conducir á la plaza del Palais Royal. Allí, aquel hombre, que recobró todo su ingenio para realizar un proyecto meditado durante los días que había permanecido en la cama anonadado de dolor y de pena, atravesó el Palais Royal y se fué á tomar un coche de alquiler á la calle del Joquelet. Cumpliendo las órdenes recibidas, el cochero entró en la calle de la Ville L'Eveque y penetró en el palacio de Josefa, cuyas puertas se abrieron á la vista de aquel espléndido coche. Llevada por la curiosidad, Josefa salió: su ayuda de cámara le había dicho que un anciano impotente, incapaz de dejar el coche, le rogaba que bajase un instante.

—Josefa, soy yo.

La ilustre cantante sólo por la voz reconoció á su Hulot. —¡Cómo! ¿eres tú, pobre viejo mío? Palabra de honor que te parecen á las monedas de veinte francos lavadas por los judíos alemanes y rechazadas por los cambistas.

—¡Ay de mí! sí—respondió Hulot,—salgo de los brazos de la muerte. Pero tú sigues tan hermosa como siempre. ¿Serás buena?

—Según, todo es relativo—repuso ella.

—Escúchame—repuso Hulot.—¿No podrías albergarme

por algunos días en un cuarto de las buhardillas? Estoy sin un céntimo, sin esperanzas, sin pan, sin mujer, sin hijos, sin asilo, sin honor, sin valor y sin amigos, y lo que es peor aún, amenazado de ir á la cárcel.

—¡Pobre viejo! ¡Cuánto *sin!* ¿Estás también sin calzones?

—¡Tú te ríes, pero estoy perdido!—exclamó el barón.—Contaba contigo como Gourville con Ninón.

—Según me han dicho, es una mujer de mundo la que te ha puesto de este modo—le dijo Josefa.—Las farsantes entienden más que nosotras en eso de desplumar pavos... ¡Oh! estás como un esqueleto abandonado por los cuervos.

—Josefa, el tiempo urge.

—¡Entra, viejo mío! estoy sola y mis criados no te conocen. Despide tu coche. ¿Lo has pagado ya?

—Sí—dijo el barón bajando apoyado en el brazo de Josefa.

—Si quieres, pasarás por mi padre,—dijo la cantante apañada, al mismo tiempo que conducía á Hulot á un salón donde éste la había visto la última vez.—Viejo mío, ¿es verdad que mataste á tu hermano y á tu tío, que arruinaste á tu familia, que hipotecaste la casa de tus hijos, y que te comiste algo del gobierno en Africa?

El barón inclinó tristemente la cabeza.

—Está bien, me gusta esto—exclamó Josefa levantándose llena de entusiasmo.—Eso es una *quemá* general, es Sardana-palo, es grande, es completo. Podrá ser uno canalla, pero prueba tener corazón. Yo prefiero un despilfarrador apasionado como tú por las mujeres, que no esos fríos banqueros sin alma que se dicen virtuosos y que arruinan á millares de familias con sus rails, que son de oro para ellos y de hierro para los tontos. Tú no has hecho más que arruinar á los tuyos, sólo has dispuesto de ti y tienes la disculpa física y moral de que lo has hecho por la Venus.

Hulot se veía absuelto por el vicio, el cual le sonreía en medio de su desenfrenado lujo. La grandeza de los crímenes era allí, como para los jurados, una circunstancia atenuante.

—¿Es guapa, al menos, tu mujer de mundo?—preguntó la cantante procurando distraer á Hulot, cuyo dolor le causaba piedad.

—Casi tanto como tú—le respondió astutamente el barón.

—Y me han dicho que es muy farsante. ¿Qué te hacía? ¿Es más original que yo?

—No hablemos de eso—dijo Hulot.

—Dicen que ha engatusado á mi Crevel, al pequeño Steimbock y á un magnífico brasileño.

—Es muy posible.

—Vive en un palacio tan bonito como este, que la regaló Crevel. Esa tunanta es mi preboste, porque acaba á aquellos que yo he comenzado. Viejo mío, ahí tienes por qué tengo tanta curiosidad por saber cómo es. La vi un día en el bosque, en coche, de lejos. Carabina me ha dicho que es una *ladrona acabada*, que intenta comerse á Crevel; pero dudo que pueda, porque Crevel es un pájaro que dice siempre que sí, pero que no hace más que lo que le acomoda. Es vanidoso, apasionado y frío para dar dinero. No hay medio de sacarle más que de mil á tres mil francos mensuales, pues es de esos que se detienen ante los gastos excesivos, como asnos delante de un río. No es como tú, viejo mío; tú eres un hombre apasionado, capaz de vender á tu patria. Mira, por eso estoy dispuesta á hacerlo todo por ti. Tú me has lanzado á la vida, eres mi padre, y esto siempre es sagrado. ¿Qué necesitas? ¿Quieres diez mil francos? Seré capaz de exterminarme por buscártelos. Respecto á mesa y habitación, no tienes que preocuparte, eso no es nada. Tendrás aquí cubierto todos los días, puedes ocupar un cuarto del segundo piso, y te daré cien escudos mensuales para el bolsillo.

El barón, conmovido ante aquella recepción, tuvo un último arranque de nobleza, y dijo:

—No, no, hermosa mía; no he venido para que me mantengas.

—A tu edad, no es pequeño triunfo.

—He aquí lo que deseo, hija mía: tu duque de Herouville tiene inmensas propiedades en Normandía, y quisiera ser su administrador con el nombre de Thoul. Tengo capacidad y honradez, pues aunque haya robado al gobierno, soy incapaz de tomar un céntimo de una caja.

—¡Eh, eh!—dijo Josefa,—el que hace un cesto hace un ciento.

—En fin, lo único que deseo es vivir desconocido durante tres años.

—Eso es cuestión de un instante—dijo Josefa.—Esta noche, después de comer, no tengo más que hablarle. El duque se casaría conmigo si yo quisiese; pero tengo su fortuna y prefiero su cariño. Es un duque de la alta escuela. Aunque

enano, es noble, distinguido y grande como Napoleón y Luis XIV juntos. Además, yo he hecho con él como la Schontz con Rochefide: gracias á mis consejos, acaba de ganar dos millones. Pero escúchame, viejo mío. Yo te conozco, sé que te gustan las mujeres y que vas á correr allá abajo detrás de las normandas, que son muy guapas, hasta que algún padre ó algún marido te rompa un hueso y el duque se vea obligado á despacharte. ¿Acaso no veo yo, por la manera que tienes de mirarme, que aún sigues siendo *juvene*? Esta administración no es lo que te conviene. Mira, viejo mío, no se renuncia tan fácilmente á París y á nosotras. En Herouville, te morirás de aburrimiento.

—¿Qué hacer, pues?—preguntó el barón.—Porque yo sólo quiero permanecer en tu casa el tiempo necesario para tomar una determinación.

—Vamos á ver, ¿quieres que te diga yo lo que opino? Mira, viejo, tú necesitas mujeres, porque esto te consolará de todo. Escúchame bien. En la calle de Saint-Maur del Temple, conozco yo una pobre muchacha que posee un tesoro. Una niña más bonita que yo cuando tenía diez y seis años. ¡Ah! ¡cómo se te encandilan ya los ojos! La pobre trabaja 16 horas al día bordando telas, y gana ochenta céntimos diarios, cinco céntimos por hora, una miseria. Come como los irlandeses, patatas y pan cinco veces á la semana, bebe agua del Ourcq porque la del Sena es demasiado cara, y no puede establecerse por su cuenta por falta de seis ó siete mil francos. Haría ella lo indecible por tenerlos. Tu familia y tu mujer te aburren, ¿verdad?... es claro. Al venir á menos, no es posible ser nada donde se ha sido dios. Un padre sin dinero y sin honor es un muñeco.

El barón no pudo menos de sonreír al oír estas atroces bromas.

—Ahora bien, la pequeña Bijou vendrá mañana á traerme una bata bordada, una preciosidad en la que han empleado seis meses de trabajo. La Bijou me quiere porque le doy golosinas y ropa, y envió bonos de pan, de carne y de leña á su familia, la cual se dejaría quemar por mí. En fin, yo procuro hacer el bien, porque sobradamente sé lo que sufrí cuando tenía hambre. La Bijou me ha hecho algunas confidencias íntimas y por ella sé que la pobrecilla sueña con llevar bonitos trajes como los míos y sobre todo con ir en coche. Yo le diré: «Hijita mía, ¿querrías un señor...»

¿qué edad tienes? ¿setenta y dos?—dijo interrumpiéndose.

—Yo ya no tengo edad.

—«¿Quieres, le diré, á un señor de setenta y dos años, muy limpio, que no toma tabaco, que está sano como una manzana y conservado como un joven? Te casarás con él por detrás de la iglesia, él vivirá alegremente con vosotros, os dará siete mil francos para que os establezcáis por vuestra cuenta, te amueblará toda una habitación de caoba, y si eres juiciosa te llevará alguna vez al teatro. Te dará cien francos al mes para ti y cincuenta francos para el gasto.» Yo conozco la Bijou y sé que es como yo cuando tenía catorce años, que salté de alegría cuando aquel abominable Crevel me hizo estas atroces proposiciones. Ahora bien, viejo, así estarás arreglado por tres años. Ella es juiciosa y honrada, y tendrá ilusión contigo tres ó cuatro años, no más.

Hulot no dudaba, estaba decidido á negarse; pero para darle las gracias á la buena y excelente cantante que hacía el bien á su modo, pareció titubear entre el vicio y la virtud.

—¡Ah!—te quedas frío como una losa en diciembre—repuso ella asombrada.—Mira, de este modo harás la dicha de una familia compuesta de un abuelo que trota, de una madre que se mata trabajando y de dos hermanas, una de ellas muy fea, que ganan entre las dos seis reales diarios estropeándose la vista. Esto compensará la desgracia que has causado en tu casa, y así purgarás tus faltas divirtiéndote como una entretenida en Marville.

Para poner término á aquella seducción, Hulot hizo el gesto de contar dinero.

—No te apures por los medios—repuso Josefa.—Mi duque te prestará diez mil francos: siete mil para una tienda de bordados á nombre de la Bijou y tres mil para muebles, y además, cada tres meses te dará seiscientos cincuenta francos. Cuando recobres tu pensión, le devolverás al duque esos diez mil francos. Entre tanto, serás feliz y ocuparás un escondite en el que ni la policía será capaz de encontrarte. Te pondrás una levita de paño y tendrás todo el aspecto de un propietario acomodado del barrio. Llámame Thoul si quieres, y yo te presentaré á la Bijou como un tío mío llegado de Alemania y serás mimado como un dios. ¿Quién sabe, papá? Tal vez no echas nada de menos. Si por casualidad te aburrieses, conserva algunas de tus ropas y así podrás venir aquí algún día á comer conmigo y á pasar la velada.

—Y yo que quería hacerme virtuoso, moderado! Mira, haz que me prestén veinte mil francos y me voy á hacer fortuna á América, siguiendo el ejemplo de mi amigo Aiglemont, cuando Nucingen lo arruinó.

—¡Tú!—exclamó Josefa.—Deja esas costumbres para los tenderos, para los plebeyos franceses que sólo saben hacerse valer mediante la virtud. Tú has nacido para ser algo más. Tú eres como hombre lo que yo soy como mujer.

—La noche le hace á uno reflexionar. Mañana hablaremos de todo eso.

—Vas á comer con el duque; mi Herouville te recibirá cortésmente, cual si hubieses salvado al Estado, y mañana te decides. Vamos, alegría, viejo mío. La vida es un vestido; cuando está sucio se cepilla, cuando está agujereado se remienda; pero la cuestión es estar siempre vestido el mayor tiempo posible.

Esta filosofía del vicio y sus atractivos, disiparon las crudas penas de Hulot.

Al día siguiente, á las doce, después de un succulento almuerzo, Hulot vió entrar á una de esas animadas obras maestras de París, única ciudad en el mundo que puede fabricarlas, á causa del incesante concubinato que existe en ella del lujo y de la miseria, del vicio y de la honradez, del deseo reprimido y de la tentación renaciente, todo lo cual la convierte en heredera de Nínive, de Babilonia y de Roma imperial. La señorita Olimpia Bijou, muchachita de diez y seis años, tenía el rostro sublime que Rafael creó para sus vírgenes, y unos ojos dotados de una inocencia entristecida por excesivo trabajo, ojos negros y soñadores, provistos de largas pestañas y cuya humedad era secada por el ardiente fuego de la noche laboriosa y de la fatiga, tez de porcelana casi enfermiza, boca como una granada entreabierta, un seno tumultuoso, formas llenas, manos bonitas, dientes de esmalte y cabellos negros y abundantes. Vestía la joven un traje de indiana de setenta y cinco céntimos el metro, llevaba un cuello bordado, zapatos de piel sin clavos, y guantes de á dos pesetas. La niña, que no conocía su valor, se había vestido con la mayor elegancia posible para ir á casa de la gran dama. El barón, presa otra vez de las garras de la voluptuosidad, sintió que toda su vida se le escapaba por los ojos y lo olvidó todo ante aquella sublime criatura.

—Se garantiza su virginidad y su honradez—le dijo Jo-

sefa al oído.—He aquí lo que es París, eso mismo he sido yo.
—Hecho—replicó el anciano levantándose y frotándose las manos.

Cuando Olimpia Bijou se hubo marchado, Josefa miró al barón con aire malicioso y le dijo:

—Papá, si no quieres tener disgustos, sé severo como un fiscal, y tenle corta la brida á la pequeña. Cuidado con los Augustos, con los Hipólitos, con los Néstores, porque una vez que se haya vestido bien y que esté bien alimentada, la niña será otra cosa. Voy á ver si acabo de arreglarte. El duque hace bien las cosas: te presta, es decir, te da diez mil francos y pone ocho en casa de su notario, el cual quedará encargado de darte seiscientos cada trimestre, porque yo te tengo miedo. ¿No soy buena?

—¡Adorable!

Diez días después de haber abandonado á su familia, en el momento en que ésta, arrasada en lágrimas, estaba agrupada en torno del lecho de Adelina moribunda, la cual decía con voz débil: «¿Qué hace?» Héctor, bajo el nombre de Thoul, se hallaba con Olimpia en la calle de Saint-Maur, al frente de un establecimiento de bordados, bajo la sinrazón social Thoul y Bijou.

CAPITULO XXXII

La espada de Damocles

Victorino Hulot recibió de la desgracia que se encarnizaba con su familia esa última lección que perfecciona ó desmoraliza al hombre. Se hizo perfecto. En las grandes tempestades de la vida, se imita á los capitanes que afrontan las tormentas aligerando de las más pesadas mercancías al buque. El abogado perdió su orgullo interior, su visible aplomo, sus aires de orador y sus pretensiones políticas. En fin, que fué como hombre lo que su madre como mujer. Resolvió aceptar á su Celestina, que no realizaba ciertamente sus sueños, y juzgó sanamente la vida viendo que la ley común le obliga á uno á contentarse en todo con las aproximaciones. Le causó tanto horror la conducta de su padre, que se juró á sí mismo cumplir con sus deberes. Estos sen-

timientos se fortificaron á la cabecera del lecho de su madre el día en que ésta quedó salvada. Esta primera dicha no vino sola. Claudio Vignon, que iba todos los días de parte del ministro á enterarse del estado de la señora Hulot, rogó al diputado reelegido que le acompañase á casa del príncipe de Wisembourg, diciéndole:

—Su Excelencia desea tener una conferencia con usted sobre asuntos de su familia.

Victorino Hulot y el ministro se conocían hacía ya tiempo; así es que el mariscal le recibió con su amabilidad característica y de buen augurio.

—Amigo mío—le dijo el viejo guerrero,—en este despacho juré á su tío el mariscal que cuidaría de su madre. Me han dicho que esa santa mujer va á recobrar la salud, y creo llegado el momento de curar sus llagas. Tengo doscientos mil francos para usted y voy á entregárselos.

El abogado hizo un gesto digno de su tío el mariscal.

—Tranquilícese usted—dijo el príncipe sonriéndose.—Es un fideicomiso. Mis días están contados, yo no estaré siempre aquí y le ruego que tome esta suma y que me reemplace en el seno de su familia. Puede usted servirse de ese dinero para pagar las hipotecas que gravan sobre su casa. Estos doscientos mil francos pertenecen á su madre y á su hermana. Si yo diese esta suma á la señora Hulot, su ceguera por su marido me haría temer que los dispase, y la intención de los que la dan es que sea el pan de la señora Hulot y de su hija, la condesa Steimbock. Usted es un hombre juicioso, digno hijo de su noble madre, y digno sobrino de mi amigo el mariscal. Querido amigo, no crea usted que no es aquí apreciado lo mismo que en otros sitios. Sea usted, pues, el ángel tutelar de su familia y acepte el legado de su tío y el mío.

—Monseñor—dijo Hulot tomando la mano del ministro y estrechándosela,—los hombres como usted saben que el agradecimiento de palabras no sirve nada, que el agradecimiento se prueba.

—Pruébeme usted el suyo—dijo el veterano.

—¿Qué es preciso hacer?

—Aceptar mis proposiciones—dijo el ministro.—Quieren nombrarle á usted abogado de lo Contencioso de guerra, abogado consultor de la prefectura de la policía y consejero de la lista civil. Estos tres cargos le darán á usted diez y